



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

LA MITOLOGÍA

Es tan natural y espontáneo el sentimiento religioso, y son sus manifestaciones tan ineludibles que, aún en sus más insensatos devaneos y en sus más inconcebibles extravíos, la razón humana reconoce la existencia de la divinidad, y la voluntad se postra ante el Sér Supremo, confesando su flaqueza, y buscando un apoyo y un auxiliar á quien acogerse en sus tristezas, en sus desfallecimientos y en sus pesadumbres. Doquiera que el hombre tienda su mirada investigadora, ya hojee los anales de las civilizaciones, ya estudie la organización y creencias de los pueblos, por diferentes que sean la educación y los hábitos de estos, y por más que les separen largas distancias y ódios inveterados, siempre ve confirmada esta asercion; y podrá examinar el homenaje y culto que al Infinito tributan aquellos, siquiera la forma sea extravagante y las bases en que se apoyan absurdas y erróneas de todo punto.

Pero si hoy, para desventura suya, hay muchos millones de seres humanos que ni adoran al verdadero Dios, ni profesan por lo mismo la más santa y pura de todas las religiones, sus errores no alcanzan la im-

portancia histórica que alcanzaron los de antiguas naciones, y su perniciosa propaganda es ineficaz desde que el Divino Redentor, el Santo de Israel, el Hombre-Dios, fué conocido y confesado por todos los pueblos cultos. Por eso, cuando se habla de mitología, es decir, de la exposicion y exámen de las fábulas religiosas, supónese desde luego que se trata de anteriores épocas, y nos referimos principalmente á los Estados más ilustres y civilizadores de la antigüedad.

El conocimiento de las leyendas y tradiciones acerca de los dioses falsos, es conveniente para medir los profundos abismos en que se sumerge la razón, cuando la revelacion y la inspiracion no guian sus pasos, y muestra que las inteligencias más elevadas, aún cuando se llamen Zaradustra (Zoroastro), Budha, Sócrates, Platon, Aristóteles, Epicteto y Plotino, apenas logran vislumbrar la verdad, y siempre caen en crasísimos errores, si pretenden explicar la inescrutable esencia del Todopoderoso, y estudiar las relaciones que unen al sér humano con su Creador, y los deberes que estas relaciones encarnan. Imposible sería trazar un cuadro en que se expusieran todos los sistemas religiosos que el hombre ha forjado y todas las obcecaciones que le han alu-

cinado, desde que fué olvidando la religion natural y las primitivas verdades, cuya depositaria fué la descendencia de Abraham. y cuya pureza conservó el pueblo elegido.

Por lo mismo, no es el propósito tan atrevido ni tan vasto el plan que realizaremos en nuestros artículos sobre mitología. Descartando por completo el carácter teológico que pudiera revestir este estudio, y atendiendo principalmente al aspecto filosófico, histórico y literario que la mitología presenta, iremos examinando, paulatinamente y en la forma que LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA requiere, las teogonías, ó sea orígenes de los dioses, de algunos pueblos, comenzando por Grecia, ya que esta los supo humanizar, digámoslo así, gracias á la índole de su cultura, y ya que Roma acabó por someterse á su influencia y legar aquellas creencias á todas las comarcas que sujetara su energía y su valor. A ocuparnos de esta falsa religion muévenos, por otra parte, la importancia que sus leyendas han tenido en nuestro país, la aceptación que merecieron, como recurso literario, á los más ilustres escritores de España, y el valor que las atribuyen muchos historiadores y filósofos de la moderna centuria.

Y en efecto, aún prescindiendo de que entre las gentes ilustradas y eruditas es usual y comun citar á cada paso el nombre, los atributos y los supuestos actos de las divinidades paganas y de los fantásticos seres á que diera cuerpo la imaginacion de helenos y latinos, fuerza es asentar que no pocos libros, escritos en correcto y castizo castellano, serán de todo punto ininteligibles, si no se conocen estos mitos ó fábulas y si no se estudia la relacion que les liga y la idea que pretenden traducir. Nuestros más grandes artistas se han ejercitado en expresarlos con el pincel, el cincel y el buril; nuestros poetas más eminentes los utilizan á cada momento para exteriorizar y manifestar claramente sus concepciones, y época ha habido en que la erudicion y el alarde en este punto llegó á la exageracion y á la extravagancia.

Los fatales é ineludibles decretos del insondable y misterioso destino; las pertinaces é inexorables Parcas; las negruras del Tártaro; las bellezas de los Campos Elíseos; el imperio sombrío de Pluton; el jardin de

las Hespérides; los movibles dominios de Neptuno, las regiones serenas del perfumado Olimpo, y los mil y mil seres, dioses, semi-dioses, musas, ninfas, nereidas, faunos, náyades, tritones y héroes, á que los griegos atribuian sobrehumana existencia, cítanse á cada paso, y se emplean como valioso resorte para esplicar los conceptos y dar á los pensamientos consistencia y forma. ¿Quién, por poco que á la lectura se dedique, no habrá visto el nombre de Saturno que devoraba á sus hijos despiadadamente; el del afortunado Júpiter; ese *hominum sator atque deorum* (padre de los dioses y de los hombres), que con sus ardientes rayos aniquila al mortal; el de la iracunda Juno, el del terrible Marte, el de la hermosísima y graciosa Vénus; el de Diana, la casta y fugitiva cazadora; el del rubicundo Apolo, padre del dia; el de la prudente Minerva, protectora de las ciencias; el del feo y tizado Vulcano, y tantos y tantos otros, que en poemas, odas, dramas, novelas, discursos y narraciones se consignan y se aceptan, como familiares y conocidos para todo el mundo?

Fuerza es, pues, que nuestra *Revista* se ocupe de ellos, ya que instruir es uno de sus fines, y que paulatinamente, y sin suprimir trabajos de otra índole, los vayamos presentando á nuestros lectores, toda vez que estas noticias, *delectando pariterque monendo*, les podrán ser útiles en tiempos no lejanos.

HERNANI

Es una de las poblaciones cercanas á San Sebastian, que recibe con frecuencia la visita de los expedicionarios veraniegos, y cuya heroica resistencia contra las huestes de D. Carlos en la última guerra civil, le ha dado merecido nombre. Se halla situada en una altura, y sus desiguales edificios, donde viven unos 3.000 habitantes, forman tres calles, sobresaliendo por encima de ellas la iglesia parroquial, notable por conservarse en ella los restos mortales de Juan de Urbieta, hijo de la villa, que hizo prisionero á Francisco I en la batalla de Pavía.

EL MADERO BENDITO
FRAGMENTOS HISTÓRICO-MORALES PARA ASEGURAR LA FÉ
DE LOS NIÑOS.

Magencio, asustado al oír aquellos gritos, reunió sus soldades y salió al campo á batir á su enemigo; mas con tan funesta estrella, que fué víctima de las mismas redes que había tendido á Constantino. Derrotadas sus filas, tuvo que retroceder para internarse en Roma, y al repasar el río Élber, sobre el que había construido un falso puente de barcas que debía romperse al atravesarlo sus enemigos, á quienes suponía poder derrotar, abrióse aquel, cayó Magencio en la corriente, con todos los suyos, y sumergido en el agua murió ahogado. Encontrado su cadáver al día siguiente, fué cortada la cabeza y paseada en la punta de una lanza por todas las calles de Roma. Tal fué la famosa batalla en que dió gloria y honor merecidos al invicto Constantino.

Con posterioridad, el año 325, se dió á la Iglesia el título de católica, que quiere decir universal, como los profetas lo anunciaron, y desde esta fecha se inauguró una era de paz más sólida y estable para los adoradores de la Cruz que somos los cristianos.

IX.

Corrían los últimos años del primer tercio del 4.º siglo de la era común, cuando sorprendió á nuestro inclito héroe (Constantino) una gratísima nueva. Su ilustre madre Santa Elena, que no perdía medio de aumentar el rico depósito de las buenas obras para comprar más tarde con ellas el preciado título de Piadosa con que nos la exhibe la historia, descubrió, entre las ruinas de la antigua Jerusalén, la verdadera Cruz tan fecunda en milagros; mas habiéndola encontrado juntamente con otras dos, la del Buen Ladrón y Mal

Ladrón, ambos tenidos por delincuentes, parientes y testigos á un tiempo de las agonías que sufriera el Hombre Dios en el monte Calvario, perdiéndose todo indicio, en su confuso y natural estado, para conocer entre las tres cruces cuál era la verdadera en que espiró el Redentor, determinaron, por consejo del reverendo Obispo de la Santa Iglesia, conducir las á la metrópolis de la ciudad, y colocar sobre cada una de ellas el primer cadáver que entraran á inhumar, en la convicción de ser testigos presenciales de un gran prodigio.

En efecto, en aquel crítico y preciso momento vieron llegar tres cadáveres juntos destinados á la inhumación; pusieron en obra el inspirado consejo, y apenas el cuerpo del uno fué puesto en contacto con la Cruz Divina, un misterioso espíritu animó súbitamente sus yerlos miembros y restituyóle la vida. Los felices espectadores de tan extraordinario milagro aún no se dieron con él por satisfechos, y señalando para su particular conocimiento la cruz milagrosa, pensaron en sujetarla á una segunda prueba, que dió igual resultado.

Mucho, muchísimo más podría ocupar nos esta piadosa é instructiva tarea; de suyo vasta é importante cual otras de mayores pretensiones no alcanzan á serlo; pero ¿por ventura no habrá ya compendiado con lo que os llevo expuesto, lo más principal y digno de ella para que vosotros la consideréis, como se la considera, el cimiento de ese robusto edificio en cuyo trono tiene su asiento el cristianismo? Creo que sí; mas si en mis explicaciones no halláis suficientemente bien entendido, lo cual me he propuesto, que la Cruz es la síntesis de todas las oraciones y de toda la Doctrina cristiana, según se nos enseña, sirva os

de profundo respeto la veneracion en que se la tiene en el templo y aún en múltiples altares fuera del mismo, y usadla en todas vuestras obras frecuentemente, "por la virtud especial que el Señor la comunica, para alejar de nuestra alma todo pensamiento malo, cerrar nuestro labio á toda palabra ilícita y sofocar en nuestro corazon todo deseo culpable."

VICENTE GIMENO BURGUET.

LOS BUENOS AMIGOS

CUENTO MORAL

Juan y Pepe eran íntimos amigos, y aunque la posición de sus respectivas familias era muy diferente, existía entre ellos tan recíproca simpatía, que en la escuela á que ambos asistían los llamaban los inseparables.

La escuela, el hogar de la ciencia, funde con su benéfico calor todas las clases de la sociedad en una sola; desaparece la idea de la familia aristocrática ó plebeya, rica ó



Vista general de Hernani.

pobre, ante la única que allí existe; allí no son todos más que *condiscipulos*.

Tenia Juan diez años y Pepe nueve, y en su corta edad sentían sus almas en tan alto grado la amistad sincera, que hubiera podido servir de admirable ejemplo á personas formales su leal afecto.

Hemos dicho que la posición de las familias era muy distinta, y debemos añadir que la más afortunada era la de Juan, pues si bien no estaba en la opulencia, vivía con mucho desahogo, mientras la del pobre Pepe se hallaba en la escasez, rodeada de privaciones y necesidades.

En las muchas relaciones que sus padres sostenían con familias distinguidas de la corte, contaba Juan con amigos; y aunque

todos ellos se presentaban con mejores trajes que Pepe, y tenían abundancia de juguetes y golosinas, ninguno le era tan simpático como éste, siendo su mayor placer ir á su humilde casa lo más frecuentemente que le era posible.

No eran idénticas las aficiones de ambos niños, pero su unión y buena armonía les hacían prestarse gustosos á sus respectivos deseos; siendo muy general que en sus entrevistas se jugase de bien diversa manera.

Tal vez después de *decir misa* y recorrer los pasillos procesionalmente, solía representarse una comedia, y en otras ocasiones después de un sermón ensalzando las ventajas de la paz, se daba una reñida batalla.

Escusamos decir, que con esta unión y

leal cariño, los dos niños eran felices y pasaban juntos deliciosos ratos; pero como en todas las edades y condiciones de la vida viene siempre la amargura á demostrar lo efímero de la felicidad de este mundo, no tardó en presentarse una nube que veló la brillante claridad de aquel cielo de su alegría.

Pepe cayó en cama, y su cuerpo todo fué invadido de la peligrosa enfermedad de la viruela.

Mucho affligía á su buen amigo Juan la dolencia de Pepito, que le proporcionaba cruel sufrimiento; pero aún fué más grande la pena que experimentó su alma al verse privado de verle, pues su familia, temiendo el contagio de la enfermedad, prohibió á Juan ir á casa de su compañero, dando órdenes terminantes á los criados para que no le llevaran aunque lo pidiese.

Por si eran pocas las amarguras que Juan sentía con este motivo, vino á aumen-



Los buenos amigos.

tarlas la idea de la pobreza de Pepe, que no permitiría á su familia tener un buen médico para asistirle en un mal tan peligroso, y temía su tierno corazón por la existencia de aquella criatura á quien tan de veras estimaba.

Una tarde entró Juan en el despacho de su padre, y le dijo:

—Papá, como me veo privado de la compañía de mi amiguito, á cuya casa no queréis que vaya, y yo estaba acostumbrado á jugar siempre con él, no puedes figurarte lo triste y aburrido que estoy estos

días, y si tú quisieras que me llevaran á casa de mi tío, me distraería jugando con mis primos en el jardín.

—Como quieras, hijo mío, le respondió el padre; es muy justo lo que deseas, así te distraerás, y dió orden á un criado para que acompañase al niño á casa de su tío.

Fueron con efecto, y en cuanto el criado le dejó en la casa, antes de ir al jardín en busca de sus primos, se dirigió al gabinete de su tío Santiago, que era uno de los médicos de más fama en Madrid, entablándose entre tío y sobrino el diálogo siguiente:

—Hola, buen mozo, ¿qué traes de bueno?
 —¡Una desgracia muy grande, tío!
 —¡Canario! ¿qué ocurre? Hay alguien enfermo en tu casa.

—No, señor.
 —Entonces menos mal; sepamos qué es ello.

—Un favor muy grande que necesito de usted.

—¿Tú? ¿Qué gran favor es ese?

—Que se venga V. conmigo inmediatamente.

—Eso sí que es difícil, querido, porque precisamente ahora va á empezar la hora de la consulta, y en toda la tarde no puedo moverme de aquí.

—Pues es preciso.

—¡Preciso, preciso! ¿qué pasa, canario?

—Que jugando... he herido á un niño.

—¡Caracoles! ¿esas tenemos?

—Está en casa de un amigo, y es preciso que antes de ir á la suya le vea V., porque yo no sé si es muy grave la herida.

—¡El diablo son estos chicos! ¡A ver! el coche inmediatamente.

—Ay tío, ¿si llegaremos á tiempo para salvarle?

—Calla, calla, tunante, y vamos corriendo.

Llegaron á casa del supuesto herido, que no era otro que Pepe, y al llegar á la puerta de la alcoba, arrodillándose Juan ante su tío, le dijo:

—Perdóneme V. por haberle engañado; se trata de un íntimo amigo mío, que está enfermo con viruelas, y como su familia no puede tener un buen médico, y la mía no me deja verle, he inventado esta fábula para lograr ambas cosas.

—Buen bribon estás tú, dijo su tío en un tono que cuadraba mal con las palabras que pronunció conmovido, y penetró en la alcoba.

Juan, antes que su tío, entró corriendo, y abrazándose á su amigo, lloraron juntos.

—Demontre de chico, le decía el tío; que te van á dar viruelas, sal de la alcoba.

—¿No asiste V. y se acerca á toda clase de enfermos, tío?

—Porque es mi profesion, ¡canastos!

—¿Y qué otra profesion he de tener á mi edad que la de querer á mis padres y á mis amigos?

—¡Bien dicho, caracoles! No tengas miedo, que aquí está tu tío para echar á puntapiés cualquier enfermedad que se atreva á tocarte, ¡voto al chápíro!

Pepe curó perfectamente. Juan no tuvo el menor síntoma: Dios no quiso permitir que sucediese á aquel niño desgracia alguna por cumplir su sublime mandato, en el que encerró la ciencia toda de la vida: *Ama al prójimo como á ti mismo.*

C. LUIS DE CUENCA.

LAS FLORES MÁS BELLAS

Tres hermosos niños, llamados Luis, Carolina y Ana, se paseaban en el jardín de su casa.

Luis se detuvo delante de un rosal florido, y dijo:

—La rosa es la más bella de todas las flores: ¡qué colorido! ¡qué fragancia! ¡qué frescura! ¡no, no hay una flor más linda!

—Pues yo digo que es más hermosa la azucena, respondió Carolina; en cuanto á perfume, gana á la rosa, ¡y su blancura es deslumbradora! ¡Pues y su corazón, del que salen tantos estambres de oro? ¡Oh, sí! ¡la azucena es mi favorita!

—A mí me agradan más las violetas, dijo Anita, la menor de los tres hermanos; son las primeras que anuncian la primavera; y ¡qué lindas están, cuando asoman entre la yerba sus cabecitas moradas! ¡cuánto me gusta buscarlas, guiada por su dulce aroma!

La madre de los niños, que había llegado hasta cerca de ellos sin ser vista, les dijo entónces:

—Esas tres especies de flores, que tanto os agradan, hijos míos, son la imágen de tres bellas virtudes; la humilde violeta, que Anita prefiere, es el símbolo de la modestia.

La blanca azucena, es el emblema de la inocencia, y esta bella rosa, con su encendido color, es la imágen de la caridad, es decir, del amor de nuestros semejantes.

—¿Pues qué, mamá, la caridad y el amor son la misma cosa? preguntó Luis.

—Sí, hijo mío, respondió la madre: la caridad es el amor á nuestros hermanos, sobre todo á los que son más pobres y más desgraciados que nosotros; la caridad es lo que hace perdonar las injurias, consolar al triste y socorrer á los enfermos.

—De este modo, la rosa significa lo que hay de mejor en el mundo, dijo el niño.

—La inocencia y la modestia, no son menos amables; sobre todo en vosotras, hijas mías, constituyen uno de los mayores encantos, observó la buena madre, dirigiéndose á Carolina y á Anita; amad siempre estas dulces virtudes y tenedlas por compañeras; y tú, hijo mío, como hombre fuerte que serás algún día, toma la rosa por divisa, ya que es tu flor preferida, y ocúpate en hacer bien á tus semejantes, ejerciendo la caridad y la beneficencia.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

CORONA DE LA INFANCIA (1)

XIII.

EN EL COLEGIO,

—¡Qué mala es María! mira, Luisa, te ha perdido las agujas, te ha deshecho la labor y ha manchado tus planas.

—Dios mío, ¿y qué hago yo ahora? La directora va á reñirme, creyendo que he sido yo.

—¿Y vas á llorar?

—Ya lo creo: hoy me castigarán, y sobre todo me juzgarán desaplicada y descuidada sin haber dado motivo.

—Pues es muy sencillo; acusa á María, y ella, que es la culpable, que reciba el merecido.

—Tienes razón; y en cuanto venga nuestra directora, se lo contaré todo.

—Eso: así aprenderá esa niña á no tocar á nada nuestro. ¿Quieres entre tanto ver estas estampas?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque voy á estudiar en mis libros.

—Luego.

—No, no quiero perder tiempo.

—¿Qué lección tienes hoy?

—Las obras de misericordia.

—Yo las sé.

—Yo voy á aprenderlas. ¡Ah!

—¿Qué?

—Escucha: la cuarta, perdonar las injurias.

—¿Y bien?

—Si Dios nos manda perdonar, no debo acusar á María.

(1) Véase la pág. 124.

—Entonces, te reñirán á ti.

—No importa.

—Y sufrirás tú el castigo.

—Mejor quiero eso, que dejar de perdonarla, como Dios me manda.

—¡Qué tonta eres! pues hoy...

—Hoy recibirá un premio y será presentada como modelo á las demás, dijo una voz á espaldas de las niñas.

—¡La directora! exclamaron estas sorprendidas.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 136.

Núm. 1.—Continuación del alfabeto para bordado á litografía, que empezó en la página 120.

Núm. 2.—Id. id. de gran novedad, que empezó en la pág. 72.

Núm. 3.—Escudo con nombre para pañuelo bordado á litografía.

Núm. 4.—Combinación de la letra A.

Núm. 5.—Cenefas para ropa blanca.

Núm. 6.—Enlace de cifras para pañuelo.

CHARADA

Fuí ayer por una flor
llamada *cuarta* y *primera*;
hallábase junto á un lago
y no me atreví á cogerla,
por ser la orilla de este
muy poco *primera* y *tercia*.
Cuando llega la mañana,
para quitar la pereza,
mi cara *quinta* y *segunda*:
guantes de *quinta* y *tercera*
uso en invierno; de *prima*
con *quinta* abrí la puerta
si en gracia de la amistad
alguna visita llega.
El *todo* fué un hombre ilustre
que el vulgo mató en Florencia.

(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada inserta en el número anterior:

LORCA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

